

Capítulo 6 - El Peligro de la Información Insuficiente - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1- 4, Publicados 3 de Julio]

- Capítulo 6 - El Peligro de la Información Insuficiente - Una Guía Práctica para la Hechicería
[Libros 1-4, Publicados 3 de Julio]

Capítulo 6 - El Peligro de la Información Insuficiente - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4, Publicados 3 de Julio]

Oliver

28 de septiembre, lunes, 4:00 p.m.

Oliver observó cómo una joven—en realidad, una mujer sumamente interesante—se alejaba vistiendo uno de sus trajes. Era demasiado grande para ella, pero aún conservaba esa actitud de confianza sin vergüenza que, a veces, absorbían los taumaturgos. La teoriza que ello tenía que ver con esa certeza profunda de que uno puede imponer su voluntad sobre el mundo y este, a su vez, tendrá que obedecer.

Se preguntó si se habían realizado estudios al respecto. ¿Sería esa confianza fruto de la experiencia, de saber que uno puede levantar el pulgar y eclipsar el sol? O, quizás, ¿sería algo inherente, de modo que solo quienes poseen personalidades de gran fuerza logran convertirse en taumaturgos poderosos?

Miró hacia el sol, que en unas horas se hundiría tras el borde occidental de los acantilados blancos, proyectando una sombra que cubría toda la ciudad. Todavía era muy temprano para que abriera el Mercado Nocturno.

Se giró y regresó a su estudio, volcando sus pensamientos en el trabajo. Sus responsabilidades nunca terminaban. La tarea que se había impuesto era colosal y requeriría años —si no décadas— de esfuerzo constante.

Se sentó en su escritorio, considerando si debería buscar a un hechicero experto en descifrado para el libro. Decidió no hacerlo. Era mejor dar tiempo al tiempo antes de actuar, para que nadie pudiera vincularlo con el robo, evitando así que algo lo delatara. Siobhan dedicaría su energía a descifrar el libro, si lo que había presenciado esa mañana era indicio suficiente. Tal vez incluso

tendría éxito.

Eso resolvería el asunto de forma ordenada. Cuando supo del robo, pensó que ella era una hechicera consumada. La forma cautelosa pero segura en que se comportaba no lo había desmentido hasta que ella explicó sus circunstancias. Tenía una presencia imponente para una mujer, y sus pómulos definidos, tono de piel y ojos casi negros la delataban como descendiente del Pueblo, lo cual solo aumentaba la percepción de peligro y competencia.

Sus pensamientos se desviaron un momento, reflexionando si no sería algo algo prejuicioso que un grupo se autodenominara “el pueblo”. ¿Qué sería entonces el resto de las personas, si no también seres humanos? Tal vez era una estrategia deliberada. Minimizar y separar mentalmente a los “otros” del “yo” hacía que ciertas cosas desagradables o moralmente reprobables fuesen más fáciles de aceptar, y la historia de la humanidad abundaba en conflictos entre iguales y contra no-humanos. Quizás, esta naturaleza guerrera era lo que había permitido que una especie originalmente débil en magia lograra la influencia y dominio que ahora poseía.

Oliver se concentró en su papeleo, tomando notas, leyendo los informes de Katerin sobre sus diversas actividades, tanto legales como ilegales, y autorizando gastos. Siempre parecía haber demasiado por hacer y muy pocos recursos. El Verde Ciervo, la posada que había iniciado como fachada para otros negocios ilícitos y como símbolo de su organización, iba bien, pero no era suficiente.

El dinero se escapaba más rápido de lo que podía reponerlo, y su fortuna personal no duraría para siempre. Aunque lo acusaran de tener tendencias filantrópicas, sabía que un solo hombre no podía financiar una revolución por sí mismo. Su meta requería construir un imperio empresarial.

Él y Katerin necesitaban empleados más capaces y mejor preparados para manejar tareas que no podían atender. En las áreas de Gilbratha donde operaban, en las zonas más pobres, era difícil encontrar candidatos adecuados, aunque tenían más solicitantes para trabajos no especializados de los que podían contratar. Tomó nota de buscar a personas que hubieran sido rechazadas en la Universidad. Esas personas sabrían leer, escribir y realizar al menos cálculos básicos.

Luego aceptó una invitación a una fiesta de una de las familias nobles del lugar. Las conexiones eran fundamentales, y gran parte de la política se gestaba en la sala de estar más que en oficinas o salas de conferencias formales. Aunque el avance hacia sus objetivos era demasiado lento para depender únicamente de la influencia que podía obtener entre la élite, estas seguían siendo poderosas, y no podía permitirse que todas voltearan en su contra.

Tomó el informe que Katerin le había enviado sobre su último proyecto, un antiguo almacén en la zona pobre de la ciudad. Esperaba convertirlo en una granja en miniatura que pudiera cultivar abundantes alimentos en un espacio compacto durante todo el año. El cultivo de alimentos a pequeña escala era un área ambigua en la ley de la ciudad y, hasta ahora, sin regulación, lo que le brindaba la oportunidad de hacer cambios reales en la economía local.

Dudaba que sus esfuerzos pasaran desapercibidos o sin obstáculos una vez que los poderosos se dieran cuenta de lo que estaba haciendo, pero pelearía esa batalla cuando llegara el momento. Si lograba que algunas variedades comunes de plantas mágicas crecieran, ocultas entre las demás

cosechas, también resolvería una parte de su problema económico. Firman el permiso de Katerin para contratar trabajadores para el almacén y revisó la hora.

Oliver salió de su estudio, tomó su capa y metió a un bolsillo su vara de batalla y la máscara que usaba en sus operaciones más peligrosas o claramente ilegales. Salió por la entrada trasera, caminó rápidamente hasta el pequeño establo al final de su propiedad, y ensilló su caballo eritreano, Elmira. Aunque su linaje mágico y su precio eran ridículos, un caballo eritreano no parecía muy diferente a un caballo normal para un observador común, y había elegido a esta específicamente por su apariencia discreta en su negocio de cría. Finalmente, se levantó en la silla y cabalgó a un ritmo pausado y calmado.

Al atravesar la zona más pobre de la ciudad, aunque aún no llegaba a los Pantanos, condujo a Elmira hacia un callejón. Después de asegurarse de no ser observado, Oliver dio vuelta su capa del revés, cambiando su color de gris a negro, y se colocó la máscara.

No estaba entrenado para detectar a un seguidero, pero no había notado nada sospechoso desde que salió de su casa. Si había rumores sobre la policía investigando el Alba Verde o su apariencia pública, uno de los oficiales sobornados debería haberle alertado. Sin embargo, era mejor actuar con cautela. Aún no era conveniente que Oliver Dryden fuera considerado un criminal de alto rango, y aunque visitar el Mercado Nocturno no era ilegal, comprar servicios mágicos sin licencia sí lo era, y ambos hechos levantarían sospechas sobre él.

Al salir del callejón por el otro lado, recibió algunas miradas más, principalmente por su inquietante máscara, pero se sentía cómodo en su anonimato.

El Mercado Nocturno se encontraba firmemente en los Pantanos. Un joven vigilante controlaba cada entrada, observando de manera sospechosa a quienes ingresaban. Cada niño estaba listo para silbar y huir si los oficiales o cualquier problema evidente entraban en el lugar.

No era lo habitual, sin embargo. Oliver no era el único que llevaba un par de oficiales en el bolsillo; generalmente, una redada se anunciaba con suficiente antelación para que personas importantes pudieran escapar o esconder sus actividades ilegales antes de ser inspeccionadas.

El mercado comprendía varias calles estrechas llenas de pequeñas tiendas, que al menos aparentaban legalidad. A lo largo de ellas, una gran cantidad de puestos y puestos al aire libre, muchos sin licencia para operar, desmontarían y huirían o se deslizarían si llegaban los policías. Criptas de luz estaban colocadas sobre las puertas de las tiendas, pues era una zona demasiado pobre para que la ciudad proporcionara farolas. Las vitrinas de las tiendas exhibían productos inocuos, incluso poco atractivos, y ninguna de las puertas permanecía abierta para recibir clientes después del anochecer.

Oliver descendió de Elmira y caminó junto a ella hacia la cabecera de atadura más cercana a la taberna, donde debía encontrarse con su contacto, el Águila Amarga. Le lanzó una moneda al camarero. El joven, sobresaltado, inclinó su cuerpo en una reverencia profunda al intentar enfrentar la mirada de Oliver a través de los agujeros de su máscara. El muchacho alimentaría a la criatura y se aseguraría de que no fuera robada ni molestada, pero como precaución, Oliver aún conservaba en casa un mechón de cabello de Elmira en un relicario, listo para ser utilizado en un

hechizo de adivinación.

La taberna ya prosperaba en aquel momento cuando entró, y bajo la cobertura de su máscara, Oliver sintió la libertad de fruncir el ceño ante el espeso humo que obnubilaba el aire. La Choza Verde tenía un artefacto filtrador de aire para ese preciso propósito, ya que no soportaba el hedor que inducía dolores de cabeza.

Oliver se acercó a la barra y pidió una simple cerveza de grifo. Cuando el barman colocó la jarra frente a él, pagó con unas cuantas monedas de plata en lugar de cobre, ofreciéndole en efecto una propina que valía aproximadamente diez veces el precio de la cerveza.

El barman, hábilmente, recogió las monedas, sus ojos inspeccionando la máscara y la vestimenta elegante de Oliver. “Pareces un poco melancólico, amigo. ¿Quieres contarle tu historia al anciano Horace aquí? No puedo prometer que pueda ayudarte, pero siempre alienta un oído atento a aliviar un poco el alma.”

No había forma de que Horace pudiera ver la expresión de Oliver, y ciertamente no parecía estar triste o decaído. Era una apertura, un indicio para que Oliver hiciera una petición a cambio de la pseudo-mordida.

Oliver sujetó el asa de la jarra. “Bueno, Horace, tengo un sueño recurrente en el que busco una esfera de cristal, y todos los demás, menos yo, parecen saber dónde está. Intento preguntarles, pero todos me dan respuestas sin sentido, y despierto simplemente deseando que alguien me diga la verdad.”

Horace asintió, como si las palabras de Oliver tuvieran un sentido perfecto. Hizo un gesto hacia una puerta junto a la barra, que guardaba un hombre corpulento con los brazos cruzados. “Tenemos una esfera de cristal. A través del sótano, al otro extremo del pasillo. La contraseña es ‘luna de sangre’.”

Con un asentimiento, Oliver se levantó, dejando la cerveza intacta. El portero musculoso hizo a un lado para dejarlo pasar hacia la habitación más allá, que era más grande que el área principal de la taberna.

En su interior, varias personas se congregaban alrededor de varias mesas pequeñas de juego, algunos apostando, otros charlando frenéticamente, sin apenas prestar atención a los juegos. Un par de ellos se refugiaban en rincones oscuros, garabateando frenéticamente en pergaminos. Lo que todos tenían en común eran los ojos grandes y vidriosos, y expresiones de concentración absoluta.

Oliver se sintió desanimado, aunque no sorprendido, al ver de vez en cuando frascos con polvo plateado brillante esparcidos por allí.

La quintaesencia del mercurio, polvo de una poción reducida a un sólido y luego molido, enfurecía temporalmente la mente. Podía hacerte más inteligente y otorgar una creatividad líquida que muchos encontraban fascinante. Algunos decían que era como acercarse a la divinidad.

Era una sustancia adictiva, tanto física como emocionalmente, debido al deseo de experimentar esa sensación una y otra vez. La gente contaba historias sobre quienes lograron hazañas increíbles de planificación meticulosa o improvisación brillante bajo la inspiración del polvo. Sin embargo, con las inhibiciones disminuidas, algunas personas se metían en problemas ridículos por ser demasiado audaces, sin darse cuenta de que aún no eran lo suficientemente inteligentes para evitar las consecuencias.

Los efectos de una sola dosis duraban aproximadamente seis horas en quienes no habían desarrollado tolerancia. Por supuesto, tras los efectos, los usuarios colapsaban en un estado de aturdimiento durante uno o dos días, y quienes usaban con regularidad perdían la capacidad de concentrarse y presentaban diversos problemas de memoria, volviéndose dependientes del mercurio para poder funcionar con normalidad.

Oliver atravesó todo sin apenas dudar un instante, ignorando las miradas astutas de quienes notaron su paso. Las adicciones como esta eran una enfermedad nacida de la desesperanza y el afán de encontrar alivio en medio de la oscuridad de la vida. Cuando no existía esperanza de un futuro mejor, ni oportunidad de dejar atrás los momentos sombríos del pasado, apenas había argumentos para evitar un placer momentáneo, sobre todo si podía ofrecer una solución rápida a los problemas. Dudaba de poder erradicar por completo el uso de esas sustancias, pero quizás podría cambiar el entorno que llevaba a las personas a esas decisiones.

En la puerta del otro lado de la habitación, pronunció la contraseña, y nuevamente el guardia dejó que entrara, esta vez en un pasillo tranquilo, afortunadamente libre de humo.

Llamó a la puerta al final del pasillo, hizo una breve pausa y luego entró en una pequeña sala con un par de sillas frente a un escritorio vacío. Una puerta a un lado de esa zona de espera conducía a una oficina amplia, llena de armarios y una estantería que contenía no solo una bola de cristal, sino también una baraja de cartas y algunos otros objetos que Oliver reconoció como útiles en la adivinación.

Pero lo que buscaba era el hombre sentado tras ese escritorio en el centro de todo aquello.

El hombre en la habitación contigua levantó la cabeza calva entre los papeles apilados en su escritorio y ajustó sus gafas para mirar a Oliver de arriba abajo. Su expresión no cambió al verlo con la máscara, aunque si era diestro en su oficio, ya debería saber quién era Oliver. El hombre le hizo un gesto impaciente, señalando una de las sillas delante de él. "Siéntate, siéntate. Mi secretaria está fuera en este momento."

Oliver obedeció, inclinándose cómodamente mientras esperaba.

Tras unos minutos, el principal corredor de información de Gilbratha apartó el informe que había estado leyendo y salió a la sala de espera, acomodándose tras el escritorio de la secretaria más pequeña. Se recostó, quitándose las gafas. "¿En qué puedo ayudarte hoy, Lord Stag?"

Sin rodeos, Oliver respondió: "Alguien está contrabandeando objetos mágicos en la ciudad." Sabía esto porque las Coronas gravaban mucho ciertos componentes mágicos y restringían la venta de otros, e incluso algunos eran ilegales por completo. Sin embargo, esas cosas estaban siendo

vendidas por la comunidad clandestina, y no sólo los artículos restringidos, sino también los ilegales. Sabía que podía encontrar pruebas en el Mercado Nocturno en ese mismo instante, si salía a buscar.

El corredor se recostó, descansando las manos cruzadas sobre su barriga con una leve sonrisa. “¿Y?”

“Estoy buscando algunos suministros. Me interesa la herbología, ¿ves? Necesito ciertas semillas y esquejes para mi jardín.”

El hombre soltó una breve carcajada. “¿Semillas y esquejes? ¿En serio estás diciendo eso, verdad?”

Oliver asintió. “Totalmente en serio. ¿Puedes ponerme en contacto con alguien que pueda ayudarme con eso?”

El hombre lo miró unos momentos, luego se inclinó hacia adelante. “Creo que sí. ¿Solo necesitas una reunión?”

“Sí.” Oliver dejó que una pequeña sonrisa se filtrara en su voz. “Lamento no poder permitirte mostrar tus impresionantes servicios de una forma más detallada.”

El corredor de información soltó una risa. “La mayoría de mis clientes habituales son los que regresan constantemente. Estoy seguro de que tendré la oportunidad de lucirme en otra ocasión. Un mensajero dejará la información de la reunión en una semana. Envía trescientos oro cuando la recibas. Ten en cuenta que recursos como estos... pueden ser muy codiciados.”

Oliver ya estaba lidiando con los Morrows, quienes no apreciaban su incursión en unas cuantas decenas de manzanas de su territorio, por pobre que fuera. Dudaba que los suministros para cultivar algunas plantas mágicas marcaran alguna diferencia. Por supuesto, le hubiera gustado devorar todas las operaciones de contrabando de una sola vez, pero todavía le faltaban recursos para eso.

Hizo una leve inclinación de cabeza al traficante de información. “Lo entiendo.”

“Muy bien. ¿Es todo lo que necesitas de mí hoy?” Cuando Oliver asintió de nuevo, el hombre se volvió a colocar sus gafas y le hizo una seña para que se marchara. “Muy bien, entonces. Váyase. Estoy ocupado. Estos datos no van a leer y organizarse solos.”

Oliver contuvo una risita, pero se fue sin demora, caminando rápidamente por el pasillo y atravesando la guarida de los usuarios de mercurio líquido.

Al pasar, un hombre levantó la vista desde la mesa donde había estado garabateando en un diario de cuero. Sus ojos barreron a Oliver de arriba abajo y surgió un reconocimiento en ellos.

Oliver no aceleró el paso ni giró la cabeza en señal de reconocimiento hacia el otro hombre. Si aquel le había reconocido, fue como líder de los Stags, como la máscara misma. No como Oliver Dryden. Salió del bar, tomó a Elmira y cabalgó hacia el Verde Cornamenta.

Intercambió papeles y informes con Katerin, quien trabajaba aún más que él a pesar de la carga de criar a su joven sobrino, y volvió a partir.

Justo cuando salía del territorio de los Stag, un grupo de personas que esperaba en un callejón salió a su encuentro.

Redujo la velocidad de Elmira.

Se dispersaron, y unos cuantos más se acercaron por detrás.

“De alguna manera, dudo que esta reunión sea casual,” dijo, una mano bajando hacia la vara de combate en el bolsillo de su capa. La luz de las farolas era suficiente para distinguir las señas de la banda Morrow en sus atacantes: tiras de tela roja atadas a sus brazos, bandanas rojas cubriendo algunas cabezas y la M sangre-rojiza marcada en el corazón de algunas de sus camisas.

Uno de los hombres cruzó los brazos y se enderezó para aparentar mayor autoridad. “No, simplemente como que no fue casual que esto fuera territorio Morrow, y ahora veo cuernos verdes por todas partes, y hombres patrullando para decirme dónde puedo y dónde no puedo hacer negocios, mientras miro por el otro lado—”

Oliver no esperó a que terminara. Esto nunca terminaría en una negociación amistosa, y esperar a que estuvieran listos para atacar solo le daba peores probabilidades de salir con vida. Saltó de Elmira, extrayendo su vara de combate del bolsillo y levantándola en alto. En un movimiento, se volteó y le dio una palmada en el trasero con todas sus fuerzas con la mano izquierda. En cuanto la criatura empezó a correr, cerró los ojos y presionó el pulgar sobre el interruptor de la vara. Una explosión de luz iluminó sus párpados cerrados, como una flor que florece en rojo.

Gritos resonaron a su alrededor mientras sus atacantes respondían a aquel destello cegador. No los detendría por mucho, pero solo necesitaba unos momentos.

Bajó la mano, cambió la salida de la vara a una explosión contundente sobrecargada y disparó a uno de los agresores a su derecha, mientras avanzaba para atacar a otro. La magia de la vara golpeó al hombre, lanzándolo de un lado a otro por la calle y empotrándolo contra la pared del edificio a su derecha.

Quizá no muera, pero seguramente necesitará atención médica. Un golpe así era como ser arrollado por un troll desbocado, y no se levantaría en un buen rato.

Un puñetazo en la garganta hizo que el hombre frente a Oliver se desplomara.

Elmira había derribado a otro hombre al correr, y Oliver pivotó, aplastando con un pie la rodilla de aquel hombre antes de que pudiera ponerse de pie.

La articulación crujió de forma lumbar, y el hombre volvió a caer.

Dos de los matones se lanzaron hacia él, uno desde la izquierda y otro por detrás.

Él neutralizó al de su izquierda con una explosión concusiva del bastón de combate, pero el que venía por detrás logró derribarlo con una fortísima embestida alrededor de la cintura, lo que le cortó el aliento, y al caer al suelo, el último agresor agarró el brazo de Oliver y le arrebató el bastón.

El hombre que había embestido a Oliver le propinó un golpe en el riñón, lo suficientemente fuerte como para hacerle un calambre que recorrió toda su columna.

Oliver golpeó repetidamente con el codo izquierdo la unión entre el cuello y el hombro del hombre, y la sujeción alrededor de su cintura se aflojó, permitiéndole levantar su pierna y girarla para invertir sus posiciones.

El otro, aquel que le había agarrado el brazo y le había arrebatado el bastón, intentaba romperlo doblándolo hacia atrás en el codo, así que Oliver le propinó un golpe en la nuca. El hombre se desplomó, y Oliver consiguió soltar su brazo.

Ignorando el dolor en su codo, se apartó a trompicones, pateando al atacante restante, que se aferraba a su ropa en un esfuerzo por arrastrarlo a una pelea cuerpo a cuerpo. Oliver buscó su bastón. Sus dedos, temblorosos por la adrenalina, tantearon el mango, y debió mover los controles incrustados, porque al girar el bastón hacia el hombre que se aferraba a sus piernas, salió un relámpago rojo en lugar de la neblina de la explosión concussiva.

No importó. El hechizo aturridor alcanzó al último miembro de la banda, chisporroteando en el punto del impacto, y el hombre se desplomó.

Oliver se soltó de los brazos inertes del hombre, se levantó tambaleándose y giró en busca de más atacantes. Disparó otro hechizo aturridor al hombre cuyas rodillas había golpeado, que ahora se retorció en el suelo y gritaba de dolor, y por si fuera poco, hizo lo mismo con los demás.

La calle permanecía completamente vacía, y cualquier luz que provenía de las ventanas cercanas se apagó poco después de comenzar la pelea.

Tras unos segundos de jadeo y de mirar alrededor, Oliver creyó que el combate había terminado. Con las manos temblorosas, verificó que su máscara seguía en su lugar y, con cautela, se cercioró de que no sangraba por ninguna parte. Probablemente, la policía no se molestaría en investigar una pelea entre bandas rivales, pero no podía permitirse dejar alguna parte de sí mismo a la vista o que fuera usada para rastrear su ubicación.

Rebuscó en los bolsillos de los miembros caídos del clan Morrow, registrándolos. Lo que buscaba, no lo sabía exactamente, pero le parecía extraña la idea de dejar allí a aquellos que lo habían emboscado de esa forma. No encontró mucho: unos pocos cristales de plata y una vialidad casi vacía con polvo metálico. La que lo portaba era la misma que lo había reconocido en la cueva del mercurio, recordó con retraso.

Indignado, vertió el contenido sobre el suelo, dejando caer el frasco mientras sus atacantes se alejaban, y siguió cojeando tras Elmira, quien le esperaba a unas pocas calles de distancia. Dudaba mucho de que la emboscada hubiera sido preparada con intención maliciosa, e incluso pensaba

que probablemente ni siquiera había sido aprobada por el líder de los Morrrows.

El hombre en el bar del intermediario de información lo había reconocido y, con una confianza excesiva alimentada por la euforia de la quintaesencia del mercurio líquido, había reunido a algunos compañeros para esperar en emboscada, con la esperanza de recuperar algo que sentían que el Señor Ciervo les había robado.

Con cautela, ya empezando a sentir el dolor mientras el adrenalina del combate comenzaba a disiparse, volvió a montar en el erythreano y se dirigió de regreso hacia el Roble Verde. Debía informar a Katerin y asegurarse de que todo estuviera en orden, que no estuviera ante un ataque múltiple que subestimaba.

Le sorprendió verla de nuevo, y sus labios se curvaron en una mueca. “Esto no terminará aquí,” dijo ella. “No puede. Estas cosas escalan, así funciona el mundo. Antes era acoso: querían drenarnos los fondos y manchar nuestro nombre, pero ¿ahora?”

“Lo sé. A pesar de ello, eso escapa a nuestro control. Apruebo tu solicitud para recargar esas viejas varitas de combate que lograste obtener. Equipa a nuestro patrullaje y al equipo de seguridad. Contrata a unas cuantas personas más de confianza, si puedes. Calidad sobre cantidad, por supuesto. No deseo matones corriendo por mi territorio, tan peligrosos para los ciudadanos como lo son para nuestros enemigos. También acapara pociones curativas y reserva a un sanador de confianza.”

Cuando terminaron de hablar, Oliver se marchó nuevamente, su cuerpo protestando con cada sacudida de su caballo. No se molestó en tomar pociones ni en usar ungüentos para sus heridas; apenas le hacían efecto de todas formas.

Era tarde en la noche cuando volvió a casa y estabilizó al caballo. Los sirvientes ya habían partido hacía mucho.

La chica—que en esta forma se llamaba Sebastien, se recordó a sí mismo—fue la única presente. Ella abrió la puerta al llegar a lo alto de las escaleras, observándolo con esos ojos oscuros y perturbadores. Ya había notado que, en ocasiones, cuando se retiraba a su propio mundo interior, su expresión se relajaba, pero sin mostrar verdaderamente paz, y se percibía en su mirada una especie de profundidad enigmática, oscura y atenta. Luego, volvía esa mirada a la realidad, y cualquier indicio de lo que había por debajo se escondía tras un orgulloso freno y un fuego mental que devoraba conocimientos como un incendio forestal.

Hizo lo posible por no cojear, aunque solo una amenaza de violencia lo habría obligado a moverse con rapidez. “¿Cómo te fue?”

“Tengo dos semanas antes de los exámenes, y otras dos después de esos hasta que comiencen las clases.”

“Puedes quedarte aquí hasta entonces,” dijo él. “No tengo libros de instrucción sobre magia en esta casa, así que si necesitas material de estudio, tendrás que buscarlo en otro lado. Hay una librería, no muy lejos. Puedes ir mañana.”

Sebastien frunció el ceño. “Lo que no entiendo es, ¿cómo se supone que la gente debe estudiar para los exámenes si ya necesitas estar certificado por la Universidad para aprender, enseñar o practicar magia?”

Oliver le sonrió con sarcasmo. “Sebastien, esos textos contienen poca instrucción mágica, y los tutores que puedas contratar podrían ser aún peor: te enseñarán a leer, escribir y hacer matemáticas básicas, además de ayudarte a memorizar principios rudimentarios de la ciencia natural o simpática. Creo que el centro de tutorías tiene algunas clases inútiles sobre decoro y danza también. La comprensión profunda te será esquiva sin adentrarte en los aspectos menos legítimos de esta ciudad. Sin embargo, el examen no espera que seas competente en magia; solo requiere que tengas una base amplia y una mente ágil. El dinero, tu origen y conexiones también ayudan.”

Ella mostró una pequeña mueca de disgusto.

Él lo observó con placer. Quizá Siobhan realmente ayudaría en sus planes, si no se hubiera equivocado en su juicio sobre ella. La magia siempre tenía un coste, pero también permitía a los ingeniosos lograr hazañas que las ciencias naturales y los hombres comunes solo podrían soñar con igualar, especialmente en el estado actual del mundo. Cuando Oliver lograra tener éxito, eso cambiaría, por supuesto.

Pronto haría que Katerin ordenara el primer pago de la deuda de la chica—un favor. Algo caritativo, para desarmarla. Podía notar que desconfianza la rodeaba. Pero siempre jugaba a largo plazo.